

—Apropósito, — dijo, — ¿no podríais prestarme diez guineas? ¿Eh?... negocio urgente... devolveré dentro de tres días.

—Creo que puedo obligaros, — respondió mister Tupman con satisfacción. — ¿Dentro de tres días decís?

—Nada más que tres días... todo concluido... no habrá más dificultades.

Mr. Tupman contó las diez guineas en la mano de su compañero, y éste las sepultó en su bolsillo, pieza por pieza, mirando siempre la casa.

—¡Atención! — dijo Mr. Jingle, — ni una mirada.

—¡Ni una mirada! — dijo Mr. Tupman.

—Ni una palabra.

—Ni una sílaba.

—Dedicad vuestros cumplimientos á la sobrina. Más bien grosero que otra cosa con la tía... único medio de enganar á la gente.

—No lo olvidaré — respondió Tupman.

—Ni yo tampoco — dijo en voz baja Jingle.

Entraban entonces en la casa.

La escena de la comida se repitió aquella noche, y después en otras tres comidas y en otras tres cenas consecutivas. La cuarta noche el viejo Wardle parecía muy satisfecho, porque se convenció de que Mr. Tupman había sido falsamente acusado. Este estaba muy satisfecho también, porque Mr. Jingle le había dicho que su asunto se terminaría muy pronto. Mr. Pickwick se encontraba muy feliz, porque este era su estado habitual. Mr. Snodgrass no estaba contento, porque tenía celos de Mr. Tupman. La vieja estaba de buen humor, porque ganaba al whist. En fin, Mr. Jingle y miss Wardle estaban muy satisfechos por razones tan importantes en esta historia, que serán contadas en otro capítulo.

CAPITULO IX

Descubrimiento y persecución

La cena estaba servida y las sillas colocadas alrededor de la mesa. Las botellas, los vasos y las tazas ordenadas en el aparador; todo el mundo anunciaba el momento más sociable de las veinticuatro horas, es decir,

el momento de la cena.

—¿Dónde está Raquel? — preguntó Mr. Wardle.

—¿Y Jingle? — añadió Pickwick.

—¿Cómo no hemos notado antes su ausencia? Hace dos horas lo menos que no he oído su voz. Emilia, toca la campanilla.

La campanilla sonó y apareció el gordo.

—¿Dónde está miss Raquel?

No lo sabía.

—¿Dónde está Mr. Jingle?

No podía decirlo.

Todo el mundo se sorprendió. Era tarde; habían dado las once. Mr. Tupman reía con disimulo, porque suponía que estarían en algún rincón hablando de él.

—¡Qué broma esta!

—No importa — dijo Mr. Wardle después de una corta pausa. — Estoy seguro de que vendrán al instante. No espero más; á cenar.

—¡Excelente palabra! — dijo Mr. Pickwick.

—Sentaos, os lo suplico — dijo el amo de la casa.

—Es verdad — contestó Pickwick.

Y se sentaron.

Había sobre la mesa un gigantesco trozo de vaca asada fiambre, y Mr. Pickwick había recibido una abundante porción. Había acercado el tenedor á sus labios y estaba ya en actitud de abrir la boca para introducir en ella un trozo conveniente, cuando se sintió un gran ruido de voces en la cocina. Mr. Pickwick levantó la cabeza y bajó el tenedor. Mr. Wardle dejó de trinchar y dejó maquinalmente el cuchillo clavado en el trozo de carne. Miró á Mr. Pickwick y Mr. Pickwick le miró.

Sintieronse pasos fuertes. La puerta del comedor se abrió de repente, y el hombre que había limpiado las botas de Mr. Pickwick el día de su llegada, se presentó, seguido del regordete y de los demás criados.

—¿Qué diablos ha pasado? — preguntó el anfitrión.

—¿Hay fuego en la chimenea? — preguntó la abuela.

—No, mamá — dijeron las nietas.

—¿Qué hay, pues? — dijo el amo de la casa.

El hombre respiró profundamente y dijo con voz fuerte:

—Han partido, señor, han partido sin tambor, sin trompeta.

En aquel momento se notó que Mr. Tupman puso su tenedor y su cuchillo sobre la mesa, y estaba excesivamente pálido.

—¿Quién ha partido? — preguntó Mr. Wardle con cólera.

—Mr. Jingle y miss Raquel en una silla de posta del León Azul, de Muggleton. Yo estaba allí, pero no pude

detenerlos. Entonces corrí á avisároslo.

—Yo he pagado los gastos — exclamó Mr. Tupman, levantándose en actitud frenética. — Me ha sacado diez guineas. ¡Prendedle! ¡me ha estafado! Yo me vengaré, Pickwick, yo me vengaré.

Y profiriendo mil exclamaciones incoherentes, el disgraciado caballero empezó á dar vueltas por la habitación lleno de furor.

—¡Dios nos proteja! — exclamó Mr. Pickwick mirando con sorpresa mezclada de temor los gestos extraordinarios de su amigo. — ¡Se ha vuelto loco! ¿qué vamos á hacer?

—¿Qué vamos á hacer? — continuó el vigoroso viejo, que no puso atención sino á las últimas palabras de mister Pickwick. — Enganchad el caballo al cabriolet. Voy á tomar una silla de posta en el León Azul, y á perseguirlos inmediatamente. ¿Dónde está ese maldito Joe?

—Aquí estoy, señor; pero no soy maldito — dijo el gordo.

—Dejadme que le coja, Mr. Pickwick — exclamó mister Wardle, precipitándose hacia el joven mofetudo. — Ha sido pagado por ese bribón de Jingle para hacerme perder la pista, contándome mil tonterías de mi hermana y vuestro amigo Tupman.

Aquí Mr. Tupman se dejó caer sobre una silla.

—Dejadme atrapar — decía Mr. Wardle persiguiendo á Joe.

—Contenedle — decían las mujeres.

Y entre sus voces de espanto se oían los sollozos ahogados del mofetudo.

—¡No quiero que me detengan! — balbuceaba colérico el viejo; — ¡Mr. Winkle, apartaos! ¡Mr. Pickwick, dejadme!

En este momento de tormenta y confusión, era un curioso espectáculo ver la actitud serena y filosófica de Mr. Pickwick. Una tranquilidad majestuosa reinaba en su rostro, aunque estaba un poco inflamado por los esfuerzos que hacía para moderar las impetuosas pasiones de su amigo, cuya cintura había abrazado fuertemente. Entretanto, Joe había sido echado fuera de la habitación por todas las mujeres que allí estaban reunidas. Después de esta desaparición, soltaron á Mr. Wardle, y en el mismo instante anunciaron que el coche estaba dispuesto.

—No le dejéis ir solo — exclamaron las mujeres; — será capaz de matar á alguno.

—Yo iré con él — dijo Mr. Pickwick.

—Sois un excelente sujeto, Mr. Pickwick — dijo mister Wardle estrechándole la mano. — Emilia, da una chalina á Mr. Pickwick para que se envuelva el cuello.

Daos prisa; cuidad á vuestra abuela, niñas; está mala. Vamos, ¿estáis pronto?

La boca y la barba de Mr. Pickwick habían sido cuidadosamente envueltas en una chalina; encasquetóse el sombrero hasta las orejas, y, con el gabán sobre el brazo, respondió afirmativamente.

Cuando los dos amigos subieron al coche, el viejo gritó:

—Tom, suelta la brida.

Y el coche partió al través de las calles estrechas, cayendo en los baches y tocando en las empalizadas, con peligro de romperse á cada instante.

—¿Van muy adelantados? — preguntó Mr. Wardle al llegar al León Azul, alrededor del cual, á pesar de lo avanzado de la hora, estaban reunidos algunos tertulianos.

—Tres cuartos de hora — respondieron todos los presentes á la vez.

—¡Una silla de posta y cuatro caballos! Al instante. Vamos.

—¡Muchachos! — gritó el hostelero; — una silla de posta y cuatro caballos. ¡Alerta! ¡Alerta!

Acudieron con presteza lacayos y postillones, brillaron las linternas, los hombres corrieron de un lado á otro, las herraduras de los caballos resonaron en los desiguales empedrados del patio, se oyó el rodar del coche. Todo era ruido y movimiento.

—¿Vendrá ese coche esta noche? — preguntó mister Wardle.

La silla de posta subió al fin; fueron enganchados los caballos; subieron sobre ellos los postillones, y los viajeros en el coche.

—¡Postillón! — gritó Mr. Wardle, — las siete millas de retraso en menos de media hora.

—¡En marcha!

Los postillones aplicaron la espuela y el látigo, los mozos saludaron, los palafreneros gritaron, y partieron con gran estrépito.

—¡Linda situación! — dijo Mr. Pickwick cuando tuvo ocasión de reflexionar. — ¡Bonita situación para el presidente perpetuo del Club Pickwick! ¡Un coche húmedo, caballos rabiosos, quince millas por hora y más de media noche!

Durante las tres ó cuatro primeras millas los dos amigos no se dijeron una sola palabra; pero cuando los caballos empezaron á ganar terreno, Mr. Pickwick se animó mucho con la rapidez del movimiento y rompió el silencio.

—Creo que los atraparemos — dijo.

—Lo espero — replicó su compañero.

— ¡Bella noche! — continuó Pickwick, mirando la luna melancólicamente.

— Peor, porque ellos habrán tenido la ventaja de la luna para tomar la delantera, y á nosotros nos va á faltar; se pondrá dentro de una hora.

— Será desagradable ir á este paso en la obscuridad.

— Ciertamente — respondió con sequedad mister Wardle.

La excitación temporal de Mr. Pickwick comenzó á calmarse un poco, cuando reflexionó en los inconvenientes y en los peligros de la expedición, en la cual se había arriesgado tan ligeramente. Fué sacado de sus tristes pensamientos por los gritos de los postillones.

— ¡Ohe! ¡ohe! ¡ohe! — gritó el primer postillón.

— ¡Ohe! ¡ohe! — bramó el segundo.

— ¡Ohe! ¡ohe! — vociferó el viejo Wardle, sacando medio cuerpo fuera del coche.

— ¡Ohe! ¡ohe! — dijo Mr. Pickwick, divirtiéndose con aquel estruendo, sin tener la menor idea de lo que significaba.

En lo mejor de esta gritería el coche se detuvo.

— ¿Qué nos pasa? — preguntó Mr. Pickwick.

— Hay una barraca aquí, y podrán darnos razón de los fugitivos.

Al cabo de algunos minutos empleados en golpear y en llamar sin descanso á la puerta, un viejo, que no llevaba más vestido que una camisa y un pantalón, salió de la barraca y abrió la verja que dividía el camino.

— ¿Cuánto hace que ha pasado por aquí una silla de posta? — preguntó Mr. Wardle.

— ¿Cuánto hace?

— Sí.

— No lo sé; ni hace mucho ni hace poco.

— Decid solamente si ha pasado una silla de posta.

— ¡Ah! sí, ha pasado una.

— ¿Cuánto tiempo hace, amigo? — dijo Mr. Pickwick, interponiéndose; — ¿una hora?

— ¡Ah! sí, podrá ser — replicó el hombre.

— ¿Hará dos horas? — dijo el postillón.

— No me llamará la atención — dijo el hombre con aire de duda.

— ¡En marcha, postillones! — exclamó Mr. Wardle.

— No perder más tiempo con este idiota.

— ¿Idiota? — repitió el viejo, contemplando con una sonrisa irónica el coche que desmenuía rápidamente, á medida que la distancia aumentaba. — ¡No! no tan idiota como creéis. Habéis perdido diez minutos aquí, y no sabéis más que antes. Si todos los camaradas del

camino reciben una guinea y la ganan tan bien, no alcanzaréis el otro coche antes de San Miguel.

Al concluir estas palabras el viejo cerró, la barrera, entró en la casa y cerró la puerta tras sí.

Nuestros viajeros seguían su camino sin descanso. La luna, como Mr. Wardle lo había predicho, declinaba con mucha rapidez; sombrías y pesadas nubes, que desde algún tiempo se iban extendiendo gradualmente por el cielo, acababan de reunirse en el zenit en una masa negra y compacta. Gruesas gotas de lluvia azotaban de tiempo en tiempo los cristales del coche y parecían advertir la proximidad de una tormenta. El viento que diestramente soplabá contra ellos, gemía tristemente al través de los árboles, Mr. Pickwick se abrigó en su redingote, se estableció más cómodamente en su rincón y cayó en un profundo sueño, del cual fué sacado por la cesación del movimiento, por el ruido de una campana y por este grito, proferido en alta voz:

— ¡Caballos, al momento!

Pero aquí tuvo lugar otra detención. Los postillones dormían con un sueño tan misteriosamente profundo, que fué preciso emplear más de cinco minutos en despertarlos. El palafrenero había perdido la llave de la caballeriza, y cuando al fin fué encontrada, dos mozos dormidos equivocaron los arneses y fué preciso comenzar de nuevo la operación del aparejamiento. Si Mr. Pickwick hubiera estado solo, aquellos obstáculos no previstos hubieran puesto término á la expedición; pero el viejo Wardle no se desanimaba tan fácilmente. El trabajó con tan buena voluntad, empujando á uno, remolcando á otro, tomando una cadena por aquí, una correa por allí, que la silla de posta estuvo dispuesta en menos tiempo del que se hubiera hecho esperar razonablemente bajo tantas dificultades.

Continuaron el viaje, y ciertamente con una perspectiva poco agradable. El retraso era de quince millas, la noche sombría, el viento fuerte, la lluvia tenaz. Era imposible adelantar mucho, luchando contra tantos obstáculos; así es que fué preciso andar por espacio de dos horas para llegar al descanso siguiente. Pero aquí se presentó á sus ojos un objeto que les dió valor y reanimó sus espíritus abatidos.

— ¿Cuándo ha llegado esta silla de posta? — exclamó el viejo Wardle saltando fuera del coche y mostrando otro coche cubierto de lodo húmedo aun, que estaba en el patio.

— No hace un cuarto de hora, caballero — respondió el mozo de cuadra á quien la pregunta iba dirigida.

— ¿Una dama y un caballero? — preguntó mister Wardle con la mayor impaciencia.

— Sí, señor.
— ¿Hombre alto, piernas largas, cuerpo delgado?
— Sí, señor.
— Una dama de cierta edad, rostro flaco, nada más que huesos y pellejo, ¿eh?
— Sí, señor.
— ¡Pardiez! Pickwick, son ellos — exclamó el viejo.
— Hubieran estado aquí más tiempo — continuó el palafrenero, — pero la lanza del coche se les ha roto.
— Son ellos — dijo Wardle, — son ellos. ¡Por Júpiter! Un coche y cuatro caballos al instante. Les cogemos antes de la otra parada. Vamos, postillones, actividad. Una guinea á cada uno, postillones. ¡Pronto! ¡despachad!... En marcha.

Profiriendo estas exhortaciones, el viejo corría de derecha é izquierda, y se ocupaba de todos los detalles con una excitación que se comunicó á Mr. Pickwick.

— Subid, subid pronto — exclamó Mr. Wardle subiendo en la silla, levantando el estribo y cerrando la portezuela. — Vamos, vamos, despachad.

Mr. Pickwick estaba al otro lado del coche, y antes que pudiese saber precisamente de qué se trataba, se sintió suspendido por el viejo, empujado por el postillón, y en marcha partieron á galope.

— Esto es lo que se llama andar — dijo Mr. Wardle con complacencia.

Y en efecto, *andaban*, como se lo atestiguaban suficientemente sus frecuentes choques con las duras paredes del coche ó con su compañero.

— Teneos firme — dijo el robusto viejo al filósofo, que acababa de dar con su cabeza medio á medio del inmenso chaleco de su compañero de viaje.

— En mi vida me he mecido tanto — respondió.

— No os paréis en eso — repuso su camarada. — Esto concluirá pronto. ¡Firme, firme!

Mr. Pickwick se plantó en su rincón tan sólidamente como pudo, y el coche rodó con mayor velocidad.

De este modo adelantaron tres millas, cuando mister Wardle, que después de algunos minutos había sacado su cabeza por la portezuela, la retiró llena de chichones y exclamó palpitando de impaciencia:

— ¡Ahí están!

Mr. Pickwick sacó en seguida la cabeza por la otra portezuela, y vió á poca distancia delante de ellos un coche que rodaba también á gran velocidad.

— ¡Adelante! ¡adelante! — vociferó el caballero. —

Dos guineas, postillón. ¡Cogedles, cogedles!

Los caballos del primer coche partieron con toda su rapidez, y los de Mr. Wardle galoparon con furor detrás de ellos.

— ¡Veo su cabeza! — exclamó colérico el viejo. — ¡Dios me condene! ¡veo su cabeza!

Y yo también — dijo Pickwick; — es él.

Mr. Pickwick no se engañaba. Se distinguía claramente en la portezuela de la silla de posta la figura de Mr. Jingle, completamente cubierta por el lodo que salpicaban las ruedas. El movimiento de sus brazos, que agitaba con violencia hacia los postillones, indicaba que les hacía redoblar sus esfuerzos.

El interés de esta escena era inmenso. Los campos, los árboles, las cercas parecían volar en dirección opuesta. Llegaron por fin junto al primer coche; oyeron entre el ruido de las ruedas la voz de Mr. Jingle que increpaba á sus postillones. El viejo Wardle echaba espuma de rabia y excitación; pero Mr. Jingle no respondía á sus ultrajes sino por una sonrisa burlona, después por un grito de triunfo y de burla, cuando sus caballos, obedeciendo á la creciente energía del látigo y de la espuela, redoblaron su velocidad y dejaron atrás á los que les perseguían.

Mr. Pickwick acababa de retirar su cabeza de la portezuela, y Mr. Wardle, fatigado de gritar, había hecho otro tanto, cuando una sacudida violenta los lanzó á los dos á la parte anterior del coche. Un chasquido resonó, saltó una rueda, y el coche cayó de un lado.

Después de algunos segundos de confusión en que no se oyó más que el resuello de los caballos y el estallido de los cristales, Mr. Pickwick se sintió sacar de entre los escombros, y tan pronto como se encontró á plomo sobre sus pies y hubo sacado su cabeza de los pliegues de la chalina, por la cual estaban impedidas las funciones de sus espejuelos, reconoció la extensión de su desastre. El día empezaba á aparecer, y la escena estaba débilmente alumbrada por la luz de la mañana.

El viejo Wardle estaba junto á él, sin sombrero y con los vestidos desgarrados. A sus pies yacían los restos del coche. Los postillones, desfigurados por el lodo y por tan violenta carrera, habían cortado la lanza y estaban al frente de sus caballos. A cien pasos más adelante se veía el otro coche que se había detenido al oír el ruido del naufragio. Los postillones, cuyos rostros estaban desfigurados por una contracción feroz, contemplaban desde lo alto de su asiento á sus adversarios desmontados, mientras Mr. Jingle examinaba desde la portezuela con evidente satisfacción la ruina de sus perseguidores.

— ¡Ohe! — gritó el desvergonzado comediante... — personas de cierta edad... muy pesados... peligroso, muy peligroso.

— ¡Canalla! — vociferó Mr. Wardle.

— ¡Ah! ¡ah! ¡ah! — replicó Jingle.

Y en seguida añadió guiñando el ojo con aire maligno y designado con el pulgar el interior del coche:

Ella va muy bien, os saluda... os suplica que no os molestéis... Expresiones á Tupman... ¿Queréis montar detrás? En marcha, postillones.

Los postillones subieron de nuevo á sus asientos; el coche rodó, y Mr. Jingle, extendiendo los brazos fuera de la portezuela, agitaba por burla un pañuelo blanco.

Nada pudo turbar en toda esta aventura el humor igual y tranquilo de Mr. Pickwick, ni aun la pirueta de su coche y de su persona. Pero no pudo soportar esa paciencia la infamia del que había robado á su amigo Tupman. Respirando fuertemente, dijo con voz pasmada y enfática:

— Si algún día encuentro á ese hombre, quiero...

— Sí, sí, — interrumpió Mr. Wardle; — todo eso está muy bien; pero entretanto que nosotros hablamos aquí, ellos obtendrán una licencia y se casarán en Londres.

Mr. Pickwick se detuvo y encerró su venganza en el fondo de su corazón.

— ¿Cuánto hay de aquí á la primera parada? — preguntó Mr. Wardle á uno de los postillones.

— Seis millas, ¿no es eso, Tom?

— Un poco más.

— Un poco más de seis millas, caballero.

— No hay más remedio que andarlas á pie, Pickwick.

— No hay más remedio — repitió aquel hombre verdaderamente grande.

Por orden de Mr. Wardle, uno de los postillones partió delante á caballo para hacer enganchar un nuevo coche, y otro se quedó allí para cuidar del coche destrozado. Al mismo tiempo Mr. Pickwick y el viejo se pusieron valerosamente en marcha después de haber enredado con todo cuidado sus chalinas alrededor de sus cuellos y encasquetándose el sombrero hasta las orejas para evitar en cuanto fuera posible el diluvio que comenzaba á caer.

CAPITULO X

Destinado á disipar todas las dudas que puedan existir sobre el desinterés de Mr. Jingle.

Hay en Londres muchas posadas viejas que servían de cuartel general á los coches más célebres en los tiem-

pos en que los coches verificaban sus viajes de una manera grave y solemne; pero estos mesones han degenerado poco á poco y no albergan ya sino calesas. El lector buscaría en vano alguna de estas antiguas hostelerías entre las *Bocas de oro*, las *Cruces de oro*, los *Toros de oro*, que levantaban su frente soberbia en las bellas calles de Londres. Si el lector quiere estudiar los restos, hará bien en dirigirse á los barrios más oscuros de la población, y allí en algún rincón retirado encontrará cierto número que aun permanecen en pie con sombría obstinación en medio de las innovaciones modernas.

En el *Borough* especialmente, existe todavía una media docena de antiguas casas que han conservado sin cambio alguno su singular fisonomía, y que han escapado al furor de las mejoras públicas y de las especulaciones privadas. Son extraños edificios, con galerías, corredores, escaleras innumerables y muy viejas, bastante vastas para surtir el material de mil hosterías de aparecidos, si algún día nos vemos reducidos á la lamentable necesidad de escribir alguna, y si el mundo dura bastante para agotar las numerosas y verídicas leyendas que se han escrito sobre el viejo puente de Londres y sus alrededores.

En el patio del *Ciervo blanco*, una de las más célebres posadas góticas, y en la mañana que siguió á los funestos acontecimientos que contamos en el capítulo anterior, un hombre se ocupaba activamente en limpiar el lodo de un par de botas. Este hombre tenía un chaleco rayado, adornado con mangas de percal negro y con botones azules de vidrio, un pantalón de paño basto y polainas. Alrededor de su cuello se enrollaba con negligencia un pañuelo de un color rojo muy vivo; un sombrero viejo y blanco se ostentaba inclinado sobre el lado izquierdo de su cabeza. Había delante de este personaje dos filas de botas, las unas limpias, las otras sucias, y á cada adición que hacía en las limpias se detenía un momento para contemplar su obra con evidente satisfacción.

El patio no ofrecía ningún indicio de aquella algarabía, de aquel movimiento característico de los hoteles donde paran las diligencias. Dos ó tres cabriolets, dos ó tres sillas de posta se hallaban bajo unos tinglados. Tres ó cuatro coches, cargados de mercancías, formando un montón tan elevado como el segundo piso de una casa ordinaria, permanecían inmóviles á la sombra de un techado suspendido junto á una de las paredes del patio, mientras otro carromato, que probablemente debía emprender su viaje aquella mañana, estaba sacado á la parte descubierta.

Sonó la campanilla, y una doncella coqueta apareció